

La madre pasota

Darío Fo

(El interior de una iglesia. En el centro del escenario, casi en corbata, un confesionario. Entra una mujer vestida de manera estrafalaria, entre hippy y agitanada. Avanza cautelosa, como si la persiguieran.)

La madre que los parió, vaya panda de cabrones..., mira que seguirme basta la iglesia... ¿Dónde me escondo yo ahora? En la sacristía. ¿Y dónde estará la sacristía? ¿A este lado del coro o al otro? *(Sigue tratando de esconderse.)*

Ahí vienen dos más, si es que me tienen rodeada... ¡El confesionario! Ya está, me esconderé en el confesionario.

(Mira en el confesionario.) Vaya por Dios, está ocupado. Hay un cura dentro. Dichosos curas, si es que te los encuentras en todas partes... Bueno, pues me confesaré, qué se le va a hacer.

(Se arrodilla.) A ver si los carabineros se atreven a interrumpir un sacramento.

(Se arrodilla en el lado izquierdo.) Padre, padre, confíeseme. ¡Padre! Coño, se ha dormido. Padre, padre, despierte...

(Golpea en la rejilla con los nudillos.) ¡Ya era hora! Quiero confesarme, y rápido, si es posible. ¿Cómo que no es posible? ¿Y eso por qué? ¿Aún sigue dormido? Bueno, pues vamos a hablar

un rato, así se espabila. ¿Cómo? Eso sí que no lo había oído yo nunca. Un cura que antes de confesar quiere ir al bar a tomarse un café... No, oiga, usted no se mueve de aquí, o le monto un número de padre y muy señor mío... Tengo todo el derecho de confesarme. ¡Pago religiosamente mis impuestos! ¡Pues claro que tiene que ver! A ver si nos aclaramos: la nuestra es una religión de Estado, y si no me equivoco, el que les paga el sueldo es el Estado, es decir, nosotros, los contribuyentes. Así que exijo que mi religión de Estado me confiese. Vamos, padre, confíeseme..., que siento cómo me invade una ola de fe... Ánimo, padre, que cuando acabemos le invito a un café en el bar, ¿vale? ¿Empezamos? Vamos allá.

¿Cómo? ¿La última vez que me he confesado? Deje que piense un momento... Claro que soy creyente, qué se ha creído... No sé de qué iba a estar yo aquí de no serlo... Soy creyente, practicante; ferviente, ¡todo! Pues... hace veinte años, la última vez que me confesé fue hace veinte años, el día de mi boda. Sí, en la iglesia. ¡Una ceremonia preciosa! La verdad es que yo no quería casarme por la Iglesia, pero lo hice por no darle un disgusto a la madre de mi novio, que era muy creyente la mujer...

No, si yo también soy creyente, pero también soy comunista... Sí, comunista creyente. No teísta, ni atea, ni antiatea: soy marxista guión leninista, tolomaica, apostólica, ¡eurocomunista! Sí, padre, estoy de acuerdo, no se puede decir que he sido muy practicante: veinte años sin confesarme, lo confieso, es una pasada. Pero nunca he dejado de hacer mi autocrítica, por lo menos una vez por semana, en la célula de mi partido. ¿Que no es lo mismo? Bueno, no insisto. Si usted lo dice... ¡Empezamos? Sí, estoy lista.

(Se pone en pie, solemne.) Juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que... *(Se interrumpe.)* ¿Qué he hecho? Ah, sí, tiene razón, es que me he confundido... Perdone, padre, es la costumbre de los procesos, sabe...

(Se sienta cómodamente en el escalón del confesionario.) Pues sí, me han procesado unas cuantas veces...

(Saca el punto y se pone a tejer.) Pues... por resistencia reiterada a la autoridad, robo con destreza..., ¡que tampoco era para tanto, si me dejé trincar! Digo yo que más bien sería robo con torpeza, vamos..., ¿no le parece? No, no soy una ladrona habitual. Lo hago así, de vez en cuando, en broma. Pero en cambio sí aplico lo de la autorreducción... ¡Es tan bonito! ¿Que no sabe lo que es? Pues mire, el caso es que vamos treinta-cuarenta-cincuenta mujeres de un barrio al supermercado a hacer la compra. «¿Cuánto es?» «Cien mil liras.» «¡De eso nada, nosotras sólo pagamos cincuenta mil! Autorreducción del cincuenta por ciento, porque ustedes ya ganan bastante con el cincuenta por ciento que les queda.» *(Asombrada.)* ¿Que es pecado, padre? ¿Pecado mortal? ¿Y la inflación, entonces? Bueno, de todos modos ya está hecho. Usted vaya tomando nota de mis pecados y luego me da la penitencia, y en paz... Claro que tengo familia, un marido y un hijo. No, ellos no roban. No, ya no vivo en casa. Pues donde puedo... Lo sé, lo sé, como esposa y como madre no soy lo que se dice un dechado de virtudes, pero si me he vuelto una desastrada ha sido precisamente porque antes era un auténtico «modelo de virtudes». Yo para estar junto a mi hijo, para poderlo educar personalmente, hasta he llegado a dejar el trabajo. Y eso que la colocación me gustaba. Era jefa de departamento, y también estaba en el sindicato. A mi hijo lo he crecido como si fuera el Niño Jesús. Y yo me sentía como la Virgen María..., y mi marido... ¡San José, el buey y el burro todos juntos! Luego creció y fue al colegio, y se metió por medio la maldita política..., sí, cuando estaba en bachillerato, ya sabe, encierros, manifestaciones, enfrentamientos con la policía... Una vez me vino a casa hecho un cristo el pobre..., ay, perdone, padre..., bueno, que estaba todo ensangrentado el angelito... Yo me desmayé del susto, padre. Y desde ese día, siempre que

tardaba me ponía enferma del susto. Oía una sirena, y ¡zas!, se me paraba el corazón. «¡Es mi hijo, es mi hijo!»

Ay, padre, usted no sabe lo que es ser madre, padre... ¡Y encima, madre de un extremista de izquierdas! Luego, en casa, este niño nos lo cuestionaba todo, a mí y a mi marido. Porque sabe, padre, nosotros somos del Partido Comunista, militantes practicantes. Los epítetos más cariñosos que nos decía eran: «¡Revisionistas, socialdemócratas, oportunistas, sacristanes de izquierdas!» Imagínese qué disgusto. Pero lo que nos ponía enfermos de rabia era los versitos sarcásticos que nos sacaba, metiéndose con el partido y con los líderes. ¡Nos daba una rabia! Me provocaba, ¿comprende? «¿Dónde vas ahora?» No, padre, a usted no era, si casi no le conozco, cómo voy a tutearle... Era a mi hijo: «¿Dónde vas ahora?» «Salgo con mis compañeros.» «¿Es que nosotros, tu padre y tu madre, no somos tus compañeros?» «No, vosotros sois la FAMILIA.» Y me lanzaba esa FAMILIA como sí me echase encima un montón de... Perdóname, padre. «No, vosotros no sois compañeros —le contestaba yo—, sólo sois una banda, unos sinvergüenzas, unos delincuentes, eso es lo que sois.» «No, sinvergüenzas sois vosotros, que le laméis el culo a la Democracia Cristiana.» Y a mí y a mi marido, ¿comprende, padre? Y luego pegaba un portazo, y a la calle.

Fíjese, padre, que llegué al extremo de ir a las manifestaciones de los extremistas. Sí, porque no podía soportar quedarme en casa, esperando que me lo trajeran muerto. Así que yo también me iba, y me quedaba unos pasos detrás de él, y le controlaba sin que me viera... Lo más terrible era que para no llamar la atención yo tenía que gritar las mismas consignas que ellos. Y mientras fueran insultos a los fachas no pasaba nada... Pero cuando a mí, que soy del PCI, me tocaba gritar a voz en cuello cosas contra la Democracia Cristiana, ay, señor..., ¡me ponía mala! Y encima marchar, correr.

(Se pone de pie y camina como si estuviera en una manifesta-

ción,, pasando al lado izquierdo del confesionario.) Y cada vez que... (Se da cuenta de que el confesor cree que sigue en el otro lado, y golpea en la rejilla.) Estoy aquí, padre.

(Se sienta.) No, padre, no estoy inquieta, es que estaba haciéndole la manifestación. Y cada vez que gritaba esas consignas, decía, me encontraba con uno de mi célula, mirándome, hasta el secretario, que estaba ahí en la acera mirando, y que al verme y oírme gritar esas cosas, se hacía rápidamente la señal de la hoz y el martillo. *(La hace.)*

Así que me expulsaron del Partido. ¡Y todo por amor de madre, padre! Anda que no me ha fastidiado a mí el amor... No se enamore, padre, hágame caso... Una vez, en una manifestación, que yo me había informado antes: «¿Cómo es la mani de mañana, compañeros?» «¡Pacífica!» Así que yo me vestí de manifestación pacífica: zapatos con unos tacones así de altos, faldita ajustada... ¡Hacía años que no se veía una carga de la policía como aquélla! Nos perseguían todos: policías, carabineros..., yo creo que también estaban los guardias fronterizos a caballo, y los suizos del papa... Y yo, a correr con esos tacones que si me llego a caer se me rompen todos los fémures que tengo... y para correr mejor me subí la falda hasta arriba..., ¡y todos los policías detrás de mí! Yo les gritaba: «¿Qué queréis? ¡Marchaos!» Jesús qué carrera..., lo menos me hice cincuenta y cuatro kilómetros, a toda mecha. Me sentía fatal, sudaba, se me salía el corazón del pecho... ¡Tenía los ovarios en las pestañas!

(El cura la regaña.) Ya, claro, «no se dice, no se dice», ya me gustaría verle a mí, padre... ¿Ha corrido alguna vez con tacones? *(Reanuda el relato.)* ¡Un humazo! Botes de humo, tiros, gases lacrimógenos, bombas de mano, cócteles molotov... y yo encima había perdido a mi hijo, y le llamaba: «Hijo, hijo mío...» Me contestaban todos los hijos de otras madres... De pronto veo a mi hijo, al otro lado de la calle, en manos de un carabineiro que le estaba pegando con la bandolera en su carita blanca...

¡Lo vi todo rojo! Lancé el grito del coyote, crucé la calle entre los botes de humo que me pasaban rozando la cabeza, agarré al carabineero del casco y le clavé los dientes en la oreja..., ¡que si no llegan sus compañeros a quitármelo me lo como vivo! ¿Que no se hace? ¡Pero oiga, padre, es que era mi hijo! Lo he hecho yo, enterito. Tardé nueve meses en confeccionarlo, y se lo hice todo: dos ojos, veinte dedos, todos los dientes, y ese carabineero me lo estaba rompiendo en cinco minutos... Así que mi hijo logró escapar, pero yo no. Me dieron una manta de palos y me llevaron a la cárcel. ¡Me hicieron un proceso que no acababa nunca! El partido que le sacaron a esa oreja, padre. Y eso que no valía nada, era una oreja de lo más normal. El presidente del tribunal, con una voz terrible, me decía: «¡Usted ha atacado la oreja del Estado!» Lo que yo pasé, padre. Y todo por amor a mi hijo. Cómo me ha fastidiado a mí el amor, padre... Mi matrimonio, sin ir más lejos, fue un matrimonio por amor. *(Inspirada.)* Cómo amaba a mi marido, padre, cómo le amaba...

(cambia de tono) ... antes de casarme con él... No, no, después también... Pero es que luego pusimos casa y ahí empezaron las primeras hos...

(se interrumpe y busca otra palabra) ...las primeras incomprensiones ideológicas... Yo no estaba de acuerdo con el comportamiento ideológico-social-moral-político-doméstico de mi marido. Pues sí, porque yo también trabajaba ocho horas como él, con una diferencia fundamental: que cuando volvíamos a casa, yo seguía trabajando: lavar, planchar, hacer las camas, la comida... ¡y él no! El se sentaba en la butaca, y ¡zas!...

(Mima que enciende la tele.) Dieciocho cuarenta y cinco: Programa para niños. ¡Heidi! «Oye, que yo no trago. Yo también me paso el día trabajando —le decía yo—, y estoy tan cansada como tú. ¿Quién habrá dicho que la liberación de la mujer comienza cuando conquista el derecho a un trabajo remunerado? Yo me he conquistado un trabajo remunerado, pero ¿quién me

remunera a mí el trabajo de la casa? ¡Nunca se ha hecho nadie cargo de él en mi lugar! ¡Nadie! Bonita liberación de la mujer: ¡con el matrimonio he conquistado dos trabajos!» Además, mi marido tenía asma. Era una cosa nerviosa. Cuando yo estaba hasta los..., ya me entiende, padre..., y no podía más: «Lo dejo todo», gritaba yo, y entonces él, ¡plaff!, le daba la crisis.

(Imita el jadeo de un asmático.) Ahaha, ahaha, tieso como un bacalao, ya ni respiraba... Ahahahaha... ¡Qué sustos me pegaba! «No, querido, que no te dejo, no te preocupes. ¡Me quedaré siempre contigo!» Según yo le iba tranquilizando, se le pasaba la crisis, y yo, otra vez en la trampa. Luego, para terminar de arreglarlo, me quedé embarazada... No, padre, claro que no lo tomé como una desgracia..., si le quise yo a este hijo... ¡Estaba tan contenta de estar embarazada! Tan contenta, padre..., ¡nueve meses vomitando! Siempre en la cama, por miedo a perderlo. Y hablaba conmigo misma, con voz sublimada, entre vómito y vómito: «¡Este hijo cambiará mi vida! —me decía a mí misma—. ¿Qué es una mujer si no es madre? ¡Ni siquiera mujer, sólo es una hembra!» Ay que ver, lo gilipollas que era..., ay, perdone, padre, quería decir que yo era muy..., ¡bueno, usted mismo, padre! Sí, ya llego a los pecados..., pero es que sabe, como no le haga un poco de preámbulo, a lo mejor usted luego lo interpreta mal. Está bien, de acuerdo, me lo salto todo y llegamos a hace dos años. Hace dos años, descubro que mi hijo se droga. Y yo qué sabía si era blanda o dura, a mí me bastó con oír la palabra «droga» ¡y casi me muero! «¡Es un depravado, un antisocial, un monstruo! —gritaba yo, desesperada. ¿En qué me habré equivocado?» Y mi marido: «Ahahaha, ahahaha...» Y mi hijo, y sus amigos y amiguitas: «¡No te pases, vieja, que una cosa es meterse heroína, que mata, y otra liarse un canuto de vez en cuando!» Y yo, con mi dedo de madre estirado, como señalando: «No estoy de acuerdo. Drogarse es una elección ideológica, si no lo dejas te echo de casa, a ti, a tus compañeros

de banda y a tus putitas!» Y él: «¿Cómo has dicho? Has ofendido a mis amigas. ¡Me voy!» «¿Dónde vas a ir? —decía yo—. ¿A casa de la abuela?» «¡No, me voy!» Yo quieta, impasible. «Pues vete, rico, qué quieres que me importe... —y el corazón patapam, patapam—. A ver cuántos días aguantas, tres como mucho, y luego volverás aquí, con tu mamá.» Pasa una semana, no aparece. Yo ni dormía, ni comía, y mi marido a lo suyo: «Ahahaha, ahahaha.» Yo iba a buscarle a todas partes, a las escuelas ocupadas, a las casas ocupadas. Nadie quería decirme nada. Claro, yo era una madre, símbolo de la re-presión: ¡silencio absoluto! «¿Con que éstos no me hablan porque soy una madre? Pues les voy a fastidiar..., me voy a disfrazar. ¿De qué? De *hippy*.» Sí, de *hippy*, padre. ¿Que qué son los *hippies*? Son esos chicos que fuman hierba... y mangan, y no curran..., que se lo montan bien. ¿No ha entendido, padre? Bueno, pues ya se lo explicare otro día. Bueno, el caso es que yo como *hippy* estaba un poco carroza. «Me vestiré de gitana, las gitanas no tienen edad», me dije. Así que me fui a un mercadillo de ropa usada, descabalada, de esa oriental *made in Italy*, y me organicé un atuendo completo: sandalias sirias, falda marroquí, chaqueta india, pañuelo griego de los grandes almacenes, me pinté los ojos de violeta, me planté un confeti rojo en la frente, me tapé un colmillo con una cápsula de oro de mi hermana, que se le cayó de un estornudo hace tres años, sortijas, collares, pendientes... Con todo eso encima me fui a una comuna *hippy*, hombres y mujeres más algún que otro mendigo de adorno. Entro

(*va con paso majestuoso al otro lado del confesionario*) como un árbol de Navidad..., ¡me sonaba todo el cuerpo!

(*Llama a la rejilla.*) Estoy aquí, padre..., ¡esté más atento, hombre de Dios! Así que entro... ¡y nadie se vuelve a mirarme! Me siento, muy tranquila, dejo mis cosas y hago que duermo. En el momento oportuno saco un frasquito con un potingue que ha-

bía preparado yo misma: aguarrás, aceite de hígado de bacalao, estiércol de caballo muy picadito, alcohol puro, yodo, un poco de pasta de dientes para darle color, y unas gotitas de limón que nunca vienen mal... Empiezo a olerlo poniendo los ojos en blanco, en el éxtasis de la droga. A los pocos minutos todos los *hippies* se sientan a mi lado: «¿Qué haces?» «Me drogo.» «¿Y eso qué es?» «Una cosa muy dura.» «¿Nos dejas probar?» «Cuidado, que no quiero muertos.» Ellos se metían el frasquito por la nariz hasta el cerebro, diciendo: «¡Qué demasiaooo!» Era por la pasta de dientes, que coloca mucho... Pobres muchachos, qué poco cuesta atontarlos... «¿Quién eres? ¿De dónde vienes?» De golpe yo me había vuelto interesante. La de historias que me inventé, padre... «Soy de madre india, padre gitano..., vengo del sur..., vivo de hacer brujerías y leer las cartas y las estrellas... Me alimento exclusivamente de sangre de gallinas y de gatos recién degollados, porque soy una bruja.» No me creyeron, pero les caí bien, y me quedé con ellos. ¿Mi hijo? ¿Y quién le había visto? Sólo una vez, de lejos, en un concierto de rock. «Ahora le cojo», me dije. Voy a acercarme a donde estaba, y en ese momento se ponen todos como locos, salen corriendo, queman el equipo, el escenario, el cantante... La policía carga..., ¿a quién se imagina que trincaron primero? ¡Bravo! Tal es así que cuando me pusieron las esposas les dije: «¡Hombre, menos mal que habéis venido, ya estaba preocupada!» Me llevaron a la cárcel, como siempre, pero me soltaron en seguida, y a los tres días, porque yo no tenía nada que ver con el incendio. Salgo y me veo un montón de gente: compañeras, pasotas, indios metropolitanos, feministas, que avanzan hacia mí... Gritaban, cantaban, me abrazaban..., hasta llevaban una pancarta que decía: «¡Mamá bruja en libertad!» Era una autentica fiesta, padre. ¡Qué emoción! No sabía que tenía tantos amigos... Yo no había hecho nada por ellos, me querían por mí misma. Se adelanta una chica con una gallina viva en la mano, y me dice: «Tómate este café caliente.» Y así empecé a vivir con estos mu-

chachos, y escuchaba lo que hablaban... Al principio no entendía nada, pero luego sí, decían:

«¡Lo personal es político! ¡Hay que gestionar la propia sexualidad!» Sí, sexualidad, padre. «Vivir la vida, disfrutar. ¡La imaginación al poder! ¡Rechazar la ideología del trabajo!» (*Canta en gregoriano.*)

«El trabajo libera al hombre
estaba escrito en el muro de un campo
de concentración alemán.»

¿No le gusta el gregoriano?... Sí, padre, ya voy...

(*Se arrodilla.*) Sí, le escucho.

(*Repite lo que le va diciendo el confesor.*) He caído en un abismo..., un abismo infernal..., en el desorden moral... ¡Y en cambio es necesario el orden!, ¿verdad, padre? ¡*El orden! ¡La consigna! ¡La regla! ¡El reglamento!* «*¡La chica ha tenido la regla!*» Llevo toda la vida oyendo la misma canción.

(*Se pone en pie, de cara al público, autoritaria.*)

Hop hop, todos en orden, nana nanita.

¡Quistos atentos correctos y callados!

Ale hop, de pie, sentados, limpitos.

Abrigados, en orden de dos en dos.

Cómete la papilla, tómate la teta,

la caca, la chichita, a momir!

¡Nana nanita, tu mamá es bonita! ¡El papá es muy bueno!

¡Orden! Los niños a un lado, las niñas al otro.

Los niños hacen pipí de pie.

¡Las niñas se sientan!

¡Todos sentados en el orinalito!

¡La caquita es igual para todos!

La caquita no se toca.

¡No se juega con la caquita!

¡La caquita es caca! ¡No se toca la caca!

(Habla con el tono imaginario de un niño a su izquierda.)

¡Fuera las manitas del pipí! ¡El pipí no se toca! No se juega con el pipí!

(Con voz lánguida, aflautada.) El pajarito...

(Se dirige a una niña imaginaria a su derecha, de pronto severa.) ¡La Conchita!

Los niños no tocan el pipí,

¡porque el pipí es caca!

¡Los niños no tocan a las niñas,

porque las niñas son caca y pun!

¿Y sabe lo que le digo, padre? Escúcheme bien porque no quiero que me malinterprete, hay algo que tengo muy claro: ¡el amor es desorden! La vida, la libertad, la fantasía son desorden, respecto al orden que nos quieren dar ustedes, padre. Hacer el amor por el amor sin tantas superestructuras, noviazgo, dote, etc. «Querido: mis padres...» ¡Hacer el amor por el amor es maravilloso! Le digo que es maravilloso, pruébelo, padre. Yo he hecho el amor con un chico del que ya no recuerdo ni el nombre, pero recuerdo sus ojos, su nariz, su boca y sus palabras, recuerdo sus manos y las cosas que me decía mientras hacíamos el amor: «¡Dios! ¡La Virgen! ¡Qué bien estoy! Como si estuviera en el Paraíso...» Y eso que era ateo el chico... ¿Que estoy perdida? ¿Y si le dijese que todo lo contrario, que por fin me he encontrado? Que me he liberado, ¡y estoy feliz! Y que no tengo ningunas ganas de volver atrás, con mi familia. Se lo he dicho incluso a mi hijo. Sí, vino a buscarme, él me encontró en

seguida. Iba muy bien vestido, limpito, su pelo cortado, su corbata. «He vuelto a casa, mamá. Estoy harto de esta vida de desastre. He sentado cabeza. Ya no fumo. He encontrado trabajo, y me importan un bledo las manifestaciones. Papá también ha sentado cabeza. Juega al tenis, ya no tiene asma, se ha echado una novia, pero si vuelves a casa la deja en seguida. *¡Vuelve a casa, mamá!*

(Mima como si vomitara.) ¡Me puse enferma! Sí, porque de pronto me dio como un flash. Me vi allí, en mi casa, con todos los follones, la compra, las camisas que planchar, sin un minuto para mí misma... ¡Pero si hasta para leer el periódico me tenía que meter en el water! «No, hijo mío, no me siento con fuerzas... Aún no estoy preparada..., tienes que comprender...» «Pero ¿no te da vergüenza? ¡Si vas hecha un adefesio!» «Sí, tienes razón. Encontraré un trabajo, pequeño, de media jornada, que me dé para comer y dormir. Quiero pasar el resto de mi tiempo con mi gente..., regalar todo lo que llevo dentro, porque estoy llena de cosas bonitas..., tomar lo que la gente quiera darme..., las experiencias... Quiero hablar, reír, cantar... Quiero mirar el cielo...

¿Sabes, hijo mío, que el cielo es azul? Yo ni lo sabía... No quiero, no vuelvo a casa, aunque me mandéis los carabineros a buscarme.). Y me los mandaron. Sí, padre, mi hijo y mi marido han puesto una denuncia por abandono del techo conyugal. Imagínese, padre, que los carabineros han tenido el valor de seguirme hasta la iglesia, hay que ver cómo son... ¿Cómo que dónde están? Pues ahí, junto a la sacristía, ¿no los ve? Pero ¿qué hace, padre? Padre, no los llame..., ¿se ha vuelto loco? ¿Y el secreto de confesión?

(Corre a coger su bolso.) No puede hacerme esto, padre..., ¡cállese!

(Se dirige corriendo a la salida.) No, no quiero volver a casa con

los carabineros.

(Mima que la cogen y le ponen las esposas.) Está bien, vamos, después de todo soy mayor de edad, y sólo yo puedo decidir mi vida.

(Se para de golpe y Se vuelve hacia el confesionario.Grita) ¡Cura espía, cura espía, ¡no eres hijo de María!

SCC